

CAPITULO XIV

DE LOS DEBERES DE UN PRINCIPE
PARA CON LA MILICIA

Un príncipe no debe entonces tener otro objeto ni pensamiento ni preocuparse de cosa alguna fuera del arte de la guerra y lo que a pues es lo único que compete a quien manda. Y su virtud es tanta, que no sólo conserva en su puesto a los que han nacido príncipes, sino que muchas veces eleva a esta dignidad a hombres de condición modesta;³⁹¹ mientras que, por el contrario, ha hecho perder el Estado a príncipes que han pensado más en las diversiones que en las armas.³⁹² Pues la razón principal de la pérdida de un Estado se halla siempre en el olvido de este arte, en tanto que la condición primera para adquirirlo es la de ser experto en él.

Francisco Sforza, por medio de las armas, llegó a ser duque de Milán, de simple ciudadano que era;³⁹³ y sus hijos, por escapar a las incomodidades de las armas, de duques pasaron a ser simples ciudadanos.³⁹⁴ Aparte de otros males que trae, el estar desarmado hace despreciable,³⁹⁵ vergüenza que debe evitarse por lo que luego explicaré. Porque entre uno armado y otro desarmado no hay comparación posible, y no es razonable que quien esté armado obedezca de buen grado a quien no lo está,³⁹⁶ y que el príncipe desarmado se sienta

³⁹¹ Dicen que voy a tomar la pluma para escribir mis "Memorias". ¿Yo escribir? Me tomarían por un bobo. Es ya mucho que mi hermano Luciano haga versos. Entretenerte en tales puerilidades es renunciar a reinar (RI).

³⁹² He demostrado lo uno y lo otro (RI).

³⁹³ Es indefectible (E).

³⁹⁴ ¡Y yo, pues! (E).

³⁹⁵ Como ellos bien pronto (E).

³⁹⁶ La espada y las charreteras solas no lo evitan si no hay algo más (RI).

seguro entre servidores armados;³⁹⁷ porque, desdenoso uno y desconfiado el otro, no es posible que marchen de acuerdo.³⁹⁸ Por todo ello un príncipe que, aparte de otras desgracias, no entienda de cosas militares, no puede ser estimado por sus soldados ni puede confiar en ellos.³⁹⁹

En consecuencia, un príncipe jamás debe dejar de ocuparse del arte militar, y durante los tiempos de paz debe ejercitarse más que en los de guerra; lo cual puede hacer de dos modos: con la acción y con el estudio. En lo que atañe a la acción, debe, además de ejercitar y tener bien organizadas sus tropas, dedicarse constantemente a la caza con el doble objeto de acostumbrar el cuerpo a las fatigas y de conocer la naturaleza de los terrenos, la altitud de las montañas, la entrada de los valles, la situación de las llanuras, el curso de los ríos y la extensión de los pantanos. En esto último pondrá muchísima seriedad,⁴⁰⁰ pues tal estudio presta dos utilidades: primero, se aprende a conocer la región donde se vive y a defenderla mejor; después, en virtud del conocimiento práctico de una comarca, se hace más fácil el conocimiento de otra donde sea necesario actuar, porque las colinas, los valles, las llanuras, los ríos y los pantanos que hay, por ejemplo, en Toscana, tienen cierta similitud con los de las otras provincias, de manera que el conocimiento de los terrenos de una provincia sirve para el de las otras.⁴⁰¹ El príncipe que carezca de esta pericia carece de la primera cualidad que distingue a un capitán, pues tal condición es la que enseña a dar con el enemigo, a tomar los alojamientos, a conducir los ejércitos, a preparar un plan de batalla y a atacar con ventaja.⁴⁰²

³⁹⁷ ¿No lo veis, pues? (E).

³⁹⁸ ¡Y creen estarlo! (E).

³⁹⁹ Maquiavelo, ¡qué secreto les revelas! Pero no te leen ni leyeron jamás (E).

⁴⁰⁰ Me he aprovechado de los consejos (R).

⁴⁰¹ Añádanse a esto buenas cartas topográficas (G).

⁴⁰² ¿Aproveché bien tus consejos? (G).

Filopémenes, príncipe de los aqueos, tenía, entre otros méritos que los historiadores le concedieron, el de que en los tiempos de paz no pensaba sino en las cosas que incumben a la guerra;⁴⁰³ y cuando iba de paseo por la campaña, a menudo se detenía y discurría así con los amigos: «Si el enemigo estuviese en aquella colina y nosotros nos encontrásemos aquí con nuestro ejército, ¿de quién sería la ventaja? ¿Cómo podríamos ir a su encuentro, conservando el orden? Si quisiéramos retirarnos, ¿cómo deberíamos proceder? ¿Y cómo los persiguiéramos, si los que se retirasen fueran ellos?».⁴⁰⁴ Y les proponía, mientras caminaba, todos los casos que pueden presentarse a un ejército; escuchaba sus opiniones, emitía la suya y la justificaba. Y gracias a este continuo razonar, nunca, mientras guió sus ejércitos, pudo surgir accidente alguno para el que no tuviese remedio previsto.⁴⁰⁵

En cuanto al ejercicio de la mente, el príncipe debe estudiar la historia,⁴⁰⁶ examinar las acciones de los hombres ilustres, ver como se han conducido en la guerra analizar el por qué de sus victorias y derrotas para evitar éstas y tratar de lograr aquéllas; y sobre todo hacer lo que han hecho en el pasado algunos hombres egregios que, tomando a los otros por modelos, tenían siempre presentes sus hechos más celebrados.⁴⁰⁷ Como se dice que Alejandro Magno hacía con Aquiles, César con Alejandro, Escipión con Ciro. Quien lea la vida de Ciro, escrita por Jenofonte, reconocerá en la vida de Escipión la gloria que le reportó el imitarlo, y como, en lo que se refiere a castidad, afabilidad, clemencia y liberalidad, Escipión se ciñó por completo a lo que

⁴⁰³ En ella pienso, aun durmiendo... sí, no obstante, duermo alguna vez (G).

⁴⁰⁴ ¡Cuántas veces he hecho lo mismo desde mi juventud (RI).

⁴⁰⁵ No se prevén nunca todos, pero se halla de repente el remedio, por más que cueste (G).

⁴⁰⁶ ¡Desgraciado el estadista que no la lee! (E).

⁴⁰⁷ ¿Por qué no tomar más de uno, que pueda ser superior a todos los otros? Carlomagno me ha complacido, pero César, Atila, Tamerlán, no son de despreciar (G).

Jenofonte escribió de Ciro.⁴⁰⁸ Esta es la conducta que debe observar un príncipe prudente: no permanecer inactivo nunca en los tiempos de paz, sino, por el contrario, hacer acopio de enseñanzas para valerse de ellas en la adversidad, a fin de que, si la fortuna cambia, lo halle preparado para resistirle.

⁴⁰⁸ Necia observación (G).